

Perspectivas y tareas en la construcción del ejército
León Trotsky
18 de mayo de 1923

(Versión al castellano de Vicent Blat desde “ ”, en León Trotsky, *Materials and Documents on the History of the Red Army, The Military Writings and Speeches of Leon Trotsky How the Revolution Armed, Volume IV: The Years 1921-23*, en formato pdf sin numeración; también para las notas. [Trotsky Internet Archive](#) (descargado el 1 de abril de 2024). 18 de mayo de 1923, *Voyennaya Mysl i Rivoľyutsya*, 1923, Libro 2. Este artículo fue publicado, junto con el artículo “[El arma del futuro](#)”; en esta misma serie de nuestras EIS.)

I

El ejército y la economía

En esta esfera, los estados burgueses tampoco permitieron la “competencia”, ni la empresa privada; en todo caso, la “empresa privada” de los trabajadores, dirigida a armarse para defender sus propios intereses de clase, fue y es siempre despiadadamente reprimida por el estado burgués. En todas partes, los ejércitos están estrictamente centralizados. La fuerza de un ejército siempre se decide de antemano, no sólo en su conjunto, sino también en lo que respecta a sus diferentes armas. Toda la estructura interna de un ejército se elabora de conformidad con un acto legislativo, es decir, un plan organizativo y económico previo. Todos los tipos de armas están normalizados y establecidos en la legislación. Como es bien sabido, esta circunstancia no obstaculiza en absoluto la iniciativa y la creatividad de los inventores, que trabajan con la máxima intensidad precisamente en el ámbito de los armamentos, especialmente en tiempos de guerra. La propia organización centralizada, planificada, minuciosamente pensada, minuciosamente consciente, racionalizada y estandarizada del ejército burgués fue siempre un argumento muy poderoso contra la filosofía burguesa del único poder de salvación que poseen la empresa privada, la competencia de mercado, etc.

El segundo rasgo distintivo del ejército desde tiempos inmemoriales ha sido la “taylorización” de los movimientos, métodos y relaciones, es decir, una elaboración cuidadosa y detallada de todos los elementos separados de la acción, con vistas a lograr el máximo efecto. En primer lugar, porque, a su manera, era un método taylorista para poner en forma psicológicamente a los soldados y, en segundo lugar, porque cualquier método y procedimiento puede, bajo ciertas condiciones, llevarse hasta el absurdo y convertirse en su propia negación.

Sólo otra esfera de la actividad estatal se asemeja a la militar en su carácter centralizado y planificado: los ferrocarriles. Tampoco en este caso se permite la “competencia” entre dos trenes que circulen por una misma vía, ni siquiera (salvo raras excepciones) entre dos líneas paralelas. En el ámbito ferroviario, sin embargo, se sigue aplicando ampliamente la “iniciativa” privada, es decir, la propiedad privada, aunque se mantiene dentro de los límites de un plan estatal global. Un sistema ferroviario realmente planificado sólo es concebible sobre la base de un estado socialista.

En el ámbito puramente industrial, la aplicación del principio de planificación se mantiene en los países capitalistas dentro de los límites de cada empresa por separado, o de un grupo unido de empresas (un trust o un sindicato), pero las relaciones entre trust y trust se rigen por las leyes de la lucha por el mercado. La regulación planificada a mayor escala y de carácter obligatorio se introduce en las esferas de la industria y el comercio

sólo en tiempos de guerra, cuando toda la economía debe subordinarse a las necesidades de un ejército activo colosal.

La posición del estado soviético en relación con la economía es profundamente diferente. La clase obrera se ha apoderado no sólo de los ferrocarriles, sino de todos los medios más importantes de la producción industrial. En consecuencia, el principio de planificación encuentra (en las esferas de la industria y el comercio, e incluso ahora, bajo la NEP) una aplicación incomparablemente más amplia y completa que en los países capitalistas. La Nueva Política Económica permite la competencia entre las empresas estatales sobre la base de las relaciones de mercado, pero no como una ley general salvadora, sino sólo dentro de aquellos límites en los que el estado es todavía incapaz de hacer frente, mediante la previsión y la coordinación planificadas, a la tarea apropiada de regulación. La extensión del mercado no significa aquí que el principio de planificación tenga que contraerse, sino sólo que el principio de planificación, que emana del estado obrero, tiene que operar con una masa creciente de bienes y valores materiales. El amplio éxito histórico de nuestra labor constructiva se medirá por la medida en que el principio de planificación se desarrolle, cada vez más con el paso del tiempo, a expensas del mercado. A medida que se consolide, la regulación estatal deberá, finalmente (no mañana, ni siquiera pasado mañana, sino al cabo de largos años), someter la economía a una gestión centralizada, como un todo unificado. Incluso en el socialismo desarrollado, por supuesto, amplias esferas de la economía se dejarán a la iniciativa local. Pero esta misma división de competencias no será el resultado de la tradición, sino un componente de un plan meditado y considerado.

Se ha dicho antes que el ejército de un estado burgués posee todas aquellas características que el pensamiento burgués reprocha al sistema económico socialista. En el ejército todo está determinado por leyes, estatutos, reglamentos, personal y horarios, hasta el número de botones de la ropa interior de un soldado. ¿Cuál es la situación del principio de planificación en el Ejército Rojo? En este aspecto, *la república soviética está extraordinariamente atrasada con respecto a los estados burgueses*. Y esto no es sorprendente. Empezamos a construir nuestro ejército casi de la nada, si descontamos el aspecto material que heredamos del antiguo régimen, junto con los hábitos militares difundidos entre la población. El crecimiento inicial de nuestro ejército se produjo en completa oposición al principio de planificación. En los frentes se improvisaron divisiones enteras a partir de la nada: los comités ejecutivos formaron, a su discreción, unidades, regimientos, compañías de refuerzo, escuadrones, etcétera. Los aparatos de administración y aprovisionamiento tomaban forma “según las necesidades” y mostraban en su estructura todas las formas de la fantasía organizativa, no disciplinada ni por el taylorismo ni siquiera por los resultados más elementales de la experiencia. Todo, de principio a fin, era cuestión de improvisación colectiva. Si la clase obrera hubiera carecido de ese poder de improvisación, de esa iniciativa y energía, la revolución habría perecido. Pero esto no significa en absoluto que la improvisación siga siendo para siempre o durante mucho tiempo el único método, ni siquiera el básico, de una revolución victoriosa. Al contrario, *la revolución socialista habría perecido si hubiera intentado canonizar la improvisación como método de construcción*.

En diciembre de 1920 se abrió un período que vio una amplia desmovilización y reducción del tamaño del ejército, la contracción y reconstrucción de todo su aparato. Este periodo se prolongó de enero de 1921 a enero de 1923. Durante este período, el ejército y la marina se redujeron de 5.300.000 a 610.000 efectivos. La reducción se llevó a cabo en etapas separadas, más bien fortuitas, bajo el impacto de sacudidas procedentes, en su mayor parte, de nuestra situación económica. Se puede decir que el ejército se redujo de la misma manera improvisada en que se construyó. Hasta cierto punto, por supuesto, esto

era inevitable. Era imposible determinar de antemano el tamaño mínimo necesario del ejército y el programa cronológico para reducirlo, ya que toda la situación, tanto interna como internacional, siguió evolucionando (y, además, en los elementos de mayor importancia para nosotros) precisamente en el curso de nuestra labor de reducción del tamaño del ejército. Sin embargo, es imposible no mencionar que en este ámbito se han cometido errores flagrantes. A veces no se tuvo previsión en casos en los que se podría haber tenido. En general, las reducciones fortuitas agravaron la inestabilidad del ejército en proceso de desmovilización y, aunque se llevaron a cabo en nombre de la economía, se tradujeron, por el contrario, en gastos materiales excesivos. En marzo de 1923, el ejército, junto con la armada, se había acomodado a los límites establecidos. Desde entonces se ha trabajado mucho para poner orden organizativo y material en el ejército, es decir, sobre todo, para establecer la necesaria concordancia entre la técnica de la mano de obra y el aparato administrativo. Pero la historia anterior del Ejército Rojo (tanto la de su crecimiento como la de su contracción) ya permite, incluso a los no iniciados, llegar a la conclusión de que en la estructura del ejército deben permanecer todavía bastantes vestigios, es decir, rasgos heredados, sin haber sido pensados y estudiados críticamente, de la época de la improvisación y del trabajo hecho de prisa y a lo bruto. No sólo en la esfera de la técnica, sino también en la de la sistematización de nuestra propia experiencia, o de la puesta en orden de las formas organizativas del ejército, nos hemos quedado extraordinariamente rezagados con respecto a los estados capitalistas. Su trabajo en esta esfera tiene un carácter mucho más planificado. Tendremos que trabajar muchísimo para alcanzarlos.

II

Nuestras ventajas y nuestros inconvenientes

Sin embargo, esto no significa que todas las ventajas estén del lado de los ejércitos burgueses. Sin engañarnos, podemos decir que no es así. Al fin y al cabo, un ejército no es sólo técnica u organización, es, ante todo, una colectividad moral. Los reglamentos, el personal, las órdenes... todo ello no cuenta más que un tercio, si no un décimo, en el gobierno de las relaciones humanas. Los elementos formales de disciplina y subordinación sólo pueden mantenerse sobre la base de un vínculo mental, un sentido de solidaridad, un sentimiento de camaradería y fe en la justicia de la propia causa. En esta esfera nuestra superioridad está fuera de toda duda: la inmensidad de la misma quizás no esté clara ni siquiera para algunos de nosotros. En el pasado libramos nuestras guerras revolucionarias en condiciones de requisita de alimentos en el campo y de hambre espantosa en las ciudades. El campesinado vacilaba a menudo entre el apoyo al poder soviético en su lucha contra los blancos y la rebelión contra él. La población se retorció de hambre. La mayoría de los intelectuales sabotearon la revolución. Entre los comandantes del ejército la traición no era infrecuente. Precisamente en todas estas esferas se han logrado serios éxitos durante los últimos dieciocho meses o dos años. El nuevo régimen se ha establecido a los ojos de las masas más amplias del campesinado como un sistema estatal que puede cometer errores, e incluso puede cometer injusticias, pero que en el fondo es el único régimen posible hoy para asegurar la colaboración entre los obreros y los campesinos. El partido comunista ha pasado a ser visto por toda la población como el eje de este nuevo régimen. La mayoría de la intelectualidad, o, al menos, su parte viable, ha cambiado radicalmente de orientación: hacia el poder soviético. Incluso en la iglesia se ha producido un cambio de orientación, en el sentido de una adaptación al nuevo orden, con el que hay que contar como un hecho consumado “desde hace muchos, muchos años”. Mientras tanto, un nuevo cuerpo de comandantes ha crecido y sigue creciendo entre nosotros, inseparablemente unido a la masa de la población obrera

y campesina. En ninguna parte del mundo existe, ni puede existir antes de una revolución, un ejército tan monolítico en sus sentimientos como el nuestro. En ningún lugar del mundo existe, ni puede existir, un vínculo entre el ejército y el país como aquí. En ninguna parte del mundo es posible actualmente pasar al sistema de milicias. Pero nosotros hemos emprendido esta tarea. Y si estamos haciendo la transición gradualmente, no es por temores políticos, sino por consideraciones de carácter organizativo y técnico: se trata de una nueva tarea, de inconmensurable importancia, y no queremos dar un segundo paso hasta que nos hayamos asegurado del primero.

Para apreciar nuestra superioridad moral-política basta comparar la reacción al desafío de Curzon en Gran Bretaña y aquí¹. Allí, lo que hizo Curzon provocó no sólo la protesta de la oposición en el parlamento, sino también, lo que es incomparablemente más importante, una profunda indignación entre las masas obreras. La conducta de la diplomacia soviética en relación con este asunto encuentra, por el contrario, el apoyo unánime e indiviso de todo el país. Y no se trata de una unanimidad formal, “oficial”, como repiten algunos cretinos “democráticos” entre los emigrados, sino de una conquista incontestable, inalienable, del capital de la revolución, y sobre este capital moral lo construiremos todo, incluido el Ejército Rojo. En el caso de que se nos imponga una nueva guerra, nuestra superioridad moral y política promete hacerse sentir en gran beneficio de la Unión de Repúblicas Soviéticas.

Esta ventaja fundamental nuestra, garantizada por la revolución social, nos da derecho no sólo a pensar con confianza en el futuro, sino también a revelar sin miedo nuestro retraso actual, organizativo, técnico y en todos los demás aspectos. Y este atraso es muy grave. El nivel técnico del ejército refleja el nivel técnico general del país y, en sentido inmediato, el estado de la industria. Aquí, en la esfera de la industria, se hace el nudo básico del que dependen la supervivencia y el desarrollo ulterior de las repúblicas soviéticas y, sobre todo, su defensa.

¿Qué es un ejército de 600.000 hombres, teniendo en cuenta nuestras extensiones y nuestra población? Constituye, ante todo, los cuadros del ejército de guerra: en parte, una fuerza de cobertura estratégica, en parte, una vanguardia potencial de tropas de choque, pero, sobre todo y, ante todo, los cuadros de nuestro futuro ejército de guerra. La calidad de los cuadros es, por supuesto, de la mayor importancia para la capacidad de combate de nuestro futuro ejército de guerra. Pero los cuadros constituyen sólo una de las condiciones necesarias. Además, debemos contar con un sistema adecuado de movilización y reemplazo, estrictamente pensado, calculado y preparado en términos de organización, en función de todas las características especiales de la Unión Soviética y de la posible dirección de la que puedan provenir los ataques hostiles. Además, necesitamos un sistema adecuado de abastecimiento del ejército, que abarque todas sus necesidades, para que funcione durante todo el período de las operaciones necesarias para obtener la victoria. Estos son los tres elementos (sin contar el trabajo político) que condicionarán el trabajo del Ejército Rojo en una guerra futura.

Es bastante obvio que lo que constituye la mayor dificultad para nosotros es la técnica, en sus formas actuales extremadamente complejas y cada vez más complejas. Somos pobres en aviones, pobres en armas químicas, pobres en fuerzas acorazadas, pobres en artillería, pobres en equipos de ingeniería, pobres en medios de transporte, tanto

¹ La referencia es al ultimátum de Curzon del 8 de mayo de 1923. Sobre la Nota Curzon del 8 de mayo de 1923 y la reacción soviética al respecto, véase Stephen White, *Gran Bretaña y la Revolución Bolchevique: Un estudio de la política diplomática*, Londres 1979, páginas 158-169. Arthur Ransome describe, en el capítulo 39 de su *Autobiografía* (1976), cómo organizó una reunión extraoficial entre Litvinov y el representante británico en Moscú, R.M. Hodgson, que contribuyó a “desactivar” la crisis y a garantizar una respuesta moderada por parte del gobierno soviético.

puramente militares como medios de transporte generales del estado. Todos estos son hechos indudables: nuestros enemigos los conocen y nosotros sentimos su realidad cada día. No es posible dar saltos milagrosos en esta esfera. Tenemos que alinearnos con la economía, es decir, en primer lugar, con la industria, con su desarrollo general, su avance gradual. En los próximos meses, la industria estatal debe dar al ejército lo máximo que sea capaz de dar. Pero no podemos exigir a la economía sacrificios insostenibles, es decir, que amenacen con socavar el desarrollo de la industria y cortar así la raíz de la que depende el propio ejército. Determinar el límite máximo de los sacrificios económicos en aras de la defensa es una de las tareas más importantes (ahora quizás la más importante) de nuestro plan estatal general. El ritmo de construcción del ejército, aunque se lleve al máximo, debe corresponder al mismo tiempo al ritmo fundamental del desarrollo económico del país. Desfasarse en este sentido significaría socavar la capacidad de defensa del país. Por supuesto, es imposible estimar de antemano, con precisión, el ritmo del desarrollo económico del país a lo largo de varios años, pero podemos y debemos preverlo con cierta aproximación, aunque sólo sea aproximada, para posteriormente, sobre la base de la experiencia, comprobar el proyecto de plan e introducir en él las correcciones necesarias.

III

Trabajos previstos

Aquí nos enfrentamos a la cuestión del trabajo planificado. Todo el próximo período del trabajo constructivo soviético se desarrollará bajo el signo del paso de los métodos de la regla del pulgar, de la improvisación, de la guerrilla administrativa, al trabajo sistemático de acuerdo con un proyecto de plan. Esta es una cuestión sobre la que no todos hemos reflexionado como deberíamos. Algunos objetarán: ‘¿Está hablando de nosotros, diciendo que trabajamos por regla general de cualquier manera!’ Otros, por el contrario, se inclinan por el escepticismo en lo que respecta al trabajo planificado (‘¿Dónde está? ¿Qué es?’), presentando este escepticismo como la última palabra de la sobriedad estadista y el realismo revolucionario. A veces, una misma persona utiliza alternativamente ambos tipos de argumentos. Pero si dejamos a un lado las bufonadas baratas y vulgares sobre el trabajo planificado, nos encontramos con que toda esta crítica equivale a decir que un plan omnímodo, universal y “estricto” (es decir, administrativamente aplicable) está fuera de nuestro alcance: ¿cómo puede plantearse un plan así! El XII Congreso del Partido Comunista [Ruso (Bolchevique)]² dio una formulación de las tareas de la construcción económica planificada que, si bien menciona las objeciones antes mencionadas, posee importancia a nivel de principio también para el trabajo militar.

“En la Rusia soviética [dice la resolución del congreso], todos los medios principales de la industria y el transporte pertenecen a un propietario, el estado, cuya intervención activa en la vida económica debe tener necesariamente un carácter planificado, y, en vista del papel dominante desempeñado por el estado, como propietario y dueño, el principio de planificación adquiere así, desde el primer momento, una importancia excepcional.

Toda la experiencia anterior ha demostrado, sin embargo, que el plan de una economía socialista no puede establecerse *a priori*, por medios teóricos o burocráticos. Un verdadero plan económico socialista, que abarque todas las ramas de la industria, con sus interrelaciones y la relación entre la industria en su conjunto y la agricultura, sólo es posible como resultado de una prolongada experiencia económica preparatoria sobre la base de la nacionalización, de esfuerzos constantes por lograr una

² El XII Congreso del Partido Comunista Ruso (bolchevique) se celebró entre el 17 y el 25 de abril de 1923.

concordancia práctica entre el trabajo de las diferentes ramas de la economía y de un registro adecuado de los resultados”.

Además:

“En el centro y en las localidades es necesario hacer tabla rasa de todos los intentos de los departamentos e instituciones de asegurar una u otra decisión por medios indirectos, declarando que es urgente o que debe hacerse de inmediato, o improvisando: tales intentos deben ser vistos como manifestaciones de miopía económica y supervivencias de las más perniciosas del guerrillerismo administrativo.

El éxito del trabajo de cualquier departamento debe evaluarse en gran medida en función de su puntualidad a la hora de presentar borradores y propuestas a la Comisión Estatal de Planificación, para su elaboración y coordinación exhaustivas. El éxito del trabajo de la propia Comisión Estatal de Planificación debe evaluarse aún más en función de su propia puntualidad a la hora de detectar problemas económicos, de prever correctamente el futuro inmediato y de alertar a los departamentos concretos sobre la tarea de coordinar a tiempo, tanto presupuestaria como prácticamente, aquellas esferas y ramas de su trabajo que requieran dicha coordinación.

Es necesario combatir, a través de la Comisión Estatal de Planificación, la creación de todo tipo de comisiones temporales y fortuitas, de investigación, dirección, comprobación, preparación, etc., que son un mal mayor en nuestra actividad estatal. Hay que asegurar una regulación adecuada a través de órganos normales y permanentes. Sólo así podrán estos órganos mejorar y desarrollar la flexibilidad que necesitan, mediante la adaptación integral a la tarea que se les asigna, sobre la base de la experiencia continua.”

En materia militar, el guerrillerismo administrativo y el “comisionismo” de pequeña producción son aún menos tolerables que en cualquier otra. La corrección de la concepción, la exactitud de la maquinaria y la precisión de la ejecución: estos son los factores básicos en el trabajo serio, práctico y económico que produce resultados reales. No se puede jugar con estos factores en ninguna esfera, y menos en la militar.

El plan militar encuentra su expresión financiera en el presupuesto militar.

IV

Presupuesto, técnica, suministros

Ante todo, hay que asegurar realmente, al cien por cien, todas las formas de abastecimiento del actual ejército de cuadros. Este asunto no necesita ser desarrollado, simplemente ser puesto en ejecución. Paralelamente, pero en un segundo nivel de importancia, debe ir la acumulación de reservas suficientes para armar al ejército de guerra, mucho más numeroso. Evidentemente, estas dos tareas no pueden realizarse en unos meses, ni siquiera en un solo ejercicio presupuestario. Estados mucho más ricos que el nuestro recurren a menudo, cuando quieren tomar medidas serias para reforzar sus fuerzas armadas, a establecer un presupuesto militar especial calculado no sólo para un año, sino para cinco, seis y siete años por delante. Este método es tanto más obligatorio para nosotros cuanto que sólo ahora estamos emprendiendo la construcción sistemática y planificada de nuestro ejército y nuestra armada. La economía del país se está reactivando. Hay motivos para contar con la continuación de este proceso y con que su ritmo aumente en los próximos años. Es evidente que el país podrá destinar una parte cada vez mayor de sus crecientes ingresos a las necesidades de defensa. Por lo tanto, podemos contar con que en los próximos años nuestro presupuesto militar disfrutará de un modesto pero firme repunte. Esta perspectiva presupuestaria, teniendo muy en cuenta las posibilidades reales, que permiten reducir y no aumentar los recursos del país, es la que debemos tomar como base para nuestro plan militar e industrial de guerra. Debemos observar la necesaria proporcionalidad entre las diferentes ramas de la industria de guerra, tanto en relación con las necesidades actuales de abastecimiento del ejército como con las existencias. Esto significa que el plan para la formación actual del ejército y el plan para la movilización y

ampliación del ejército en caso de guerra deben coordinarse con el plan para el desarrollo de la industria de guerra, y este último sólo puede ser una parte integrante del plan general del estado para la industria en su conjunto.

Un plan a largo plazo (un plan quinquenal, por ejemplo) para el desarrollo de las fuerzas armadas se descompondrá naturalmente, a su vez, en una serie de planes parciales, para los diferentes tipos de armas, principales y auxiliares. Estos planes parciales deberán ser cuidadosamente elaborados, en el marco del progreso presupuestario antes mencionado, debidamente repartidos entre las exigencias y necesidades internas del ejército y de la armada.

Nos hemos referido a los tipos de armas principales y auxiliares. Sin embargo, una peculiaridad de nuestra época es que lo que eran tipos auxiliares de armas están pasando rápidamente a primer plano. Esto se aplica principalmente a la aviación y a la guerra química. Los aviones no disponen de medios autónomos para destruir al enemigo: utilizan dinamita o ametralladoras, que les confieren un nuevo campo de actividad. En cambio, los medios de guerra química constituyen un tipo de arma totalmente independiente, que envenena a las personas. No abordamos esta cuestión desde el punto de vista humanitario. Qué es más humano, disparar a un hombre, volarlo por los aires, descuartizarlo, quemarlo o envenenarlo, es una cuestión que dejamos enteramente a la discreción de la Sociedad de Naciones y del Obispo [sic] de Canterbury. La última guerra demostró con suficiente claridad que todas las restricciones santurrónicamente humanitarias caen como una cáscara después de que se haya disparado el primer tiro. Y hasta que no se produzca un cambio en la situación actual, es decir, hasta que no haya sido derrocado el dominio burgués, la Unión Soviética no puede seguir, en materia de defensa, ninguna norma de conducta que no sea “ojo por ojo y gas por gas”.

El primer lugar en nuestras preocupaciones tecnológicas debe ocuparlo la aviación. Esta tarea se ve facilitada por el hecho de que la aviación posee una importancia económica y cultural bastante independiente y, además, inmensa, lo que no puede decirse, desgraciadamente, ni de los obuses ni de los gases asfixiantes. Combinar la aviación militar con la civil significa, en primer lugar, coordinar el programa del Comandante de la Flota Aérea con el de la Sociedad de Amigos de la Flota Aérea y la Sociedad de toda la Unión de la Flota Aérea de Voluntarios. Ya se ha dado un primer paso en este sentido. Sería radicalmente erróneo intentar encajar la aviación civil en el marco de los tipos y planes de aviones militares, pero es necesario asegurar de antemano la línea de unión entre ellos, para garantizar, sin detrimento de los requisitos económicos y culturales, la máxima uniformidad en el tipo de aviones y la coordinación de toda la organización de la aviación. La aviación civil debe convertirse en reserva de la aviación militar. Por razones muy comprensibles, no entraremos aquí en detalles al respecto. La dirección general que deben tomar las medidas inminentes se desprende claramente de lo que ya se ha dicho. Y lo que está claro, sobre todo, es que la defensa de la Unión Soviética depende directa e inmediatamente de la consolidación y desarrollo de la industria estatal.

“Un plan es algo espléndido”, objetarán algunos, “incluido un plan para construir el ejército y la industria de guerra, calculado para un periodo de cinco años. Pero, ¿qué pasa si un enemigo nos ataca antes de que transcurra ese periodo? ¿Qué ocurre en caso de guerra repentina? ¿No necesitamos tomar, de antemano, medidas de emergencia para garantizar un grado mínimo de preparación contra un ataque inesperado?”. Tales argumentos y otros similares constituyen, en esencia, una oposición encubierta al plan. La esencia del trabajo planificado consiste en mantener y desarrollar la necesaria proporcionalidad entre los elementos constitutivos de las fuerzas armadas. Es perfectamente obvio que, si se nos asestara un golpe bélico, estaríamos mejor preparados para ello si nuestro trabajo previo se hubiera llevado a cabo de acuerdo con un plan. Los

planes de preparación, no sólo militares sino también económicos en general, se verán, por supuesto, perturbados por el estallido de la guerra. Pero será el caso de un plan interrumpido en aras de otro. Porque necesitamos tener en reserva un plan para movilizar la industria de toda la economía del país en caso de una gran guerra, y una nueva guerra, si llega, no puede ser otra cosa que una gran guerra.

V

El Ejército Rojo y la cuestión nacional³

En adelante, nuestra labor de formación del ejército deberá tener en cuenta, en una medida incomparablemente mayor que antes, el hecho de que el país que el Ejército Rojo está llamado a defender no es un país, sino todo un continente, que nuestro estado no es una república nacional, sino una unión de repúblicas nacionales. En medio de las llamas y los truenos de la guerra civil, este hecho fue poco tenido en cuenta, y las conclusiones que de él se derivan fueron a menudo, por necesidad (pero a veces por mala voluntad), ignoradas e incluso pisoteadas. La Unión Soviética pasa ahora de una situación de campamento provisional a otra más estable y calmada. Las relaciones mutuas de las repúblicas y regiones independientes y autónomas dentro de la unión están adquiriendo una expresión más formal y precisa. La constitución del estado soviético está adquiriendo el carácter claramente expresado de una unión. El ejército es la expresión más material, nítida e irrefutable de la condición del estado. Si en la estructura del ejército, o en su moral, se produjera una descoordinación con la estructura de la unión-estado soviética, que, a su vez, refleja la relación entre los factores de clase y nacionales de la población, tal descoordinación, o peor aún, contradicción, tendría las más graves consecuencias, en primer lugar, para el ejército, y luego, también para el estado. Nuestro ejército no es un ejército de la Gran Rusia: es el ejército de una gran unión, de la que la Gran Rusia constituye el núcleo. El proletariado de la Gran Rusia tiene la mayor experiencia de lucha revolucionaria y de construcción del estado, incluida la construcción del ejército. Esto le impone mayores responsabilidades, pero no le confiere mayores derechos. Todas las demás nacionalidades de la unión, antes oprimidas por el zarismo y la burguesía, aceptan y aceptarán la ayuda de camaradería del proletariado gran ruso, su ayuda ideológica y material, sus consejos e indicaciones. Pero no quieren recibir órdenes de los gran rusos. Hasta la más mínima insinuación de orden les irrita, porque les recuerda su estado de sometimiento, todavía bastante reciente. Si bien esto es cierto en relación con el aparato del estado en general, se muestra cien veces más agudamente en el ejército. La menor insinceridad, la menor desigualdad, la menor violación de las relaciones de camaradería y de confianza mutua en las relaciones entre el ejército y sus unidades, por una parte, y los elementos nacionales de la Unión Soviética, por otra, sería fatal. Esto está perfectamente claro incluso si consideramos la cuestión sólo desde el ángulo de la defensa militar. El núcleo gran-ruso de la unión está rodeado por un anillo casi cerrado de repúblicas nacionales, soviéticas y no soviéticas, formadas en el territorio del que una vez fue el estado “uno e indivisible”, que pereció, en parte, porque persistió obstinadamente en la unicidad y la indivisibilidad. Por consiguiente, una amenaza potencial desde el exterior se dirigiría, por mera lógica geográfica, en primer lugar, a las repúblicas y regiones nacionales de la periferia de la Unión Soviética. Si entre la masa del pueblo de las repúblicas nacionales y el Ejército Rojo se produjera un distanciamiento (no hablaremos de enemistad), la defensa se haría imposible y el Ejército Rojo empezaría a pudrirse moralmente, de la periferia hacia el centro. Lo vimos ocurrir durante la guerra

³ Esta sección debe leerse teniendo en cuenta las observaciones de Lenin sobre la cuestión nacional en su Testamento de 1923: Trotsky expresa aquí indirectamente la crítica de Lenin a la línea promovida por Stalin.

imperialista, en el caso de Austria-Hungría y, paralelamente, en el de la Rusia zarista. En este asunto, un mero cambio “soviético” de nombres y disfraces, en el que algunos tontos y arribistas depositan sus esperanzas, es del todo insuficiente: es necesario realizar cambios muy radicales en la esencia misma de las relaciones y conexiones. ¿Por qué camino puede alcanzarse este objetivo?

En primer lugar, es necesario empezar ya a preparar las condiciones para la formación de unidades y ejércitos nacionales. No cabe duda de que se encontrarán grandes dificultades en este camino, dificultades que tienen su origen en las diferencias de nivel económico y cultural entre las distintas partes de la Unión Soviética, y en el entrelazamiento a veces complejo de grupos nacionales dentro de repúblicas concretas, y, por último, en la ausencia en el caso de algunas nacionalidades de cualquier tipo de formación militar en el pasado. No es posible saltar por encima de estas dificultades. Pero hay que superarlas sistemáticamente. Debemos comenzar con una red adecuada de instituciones de educación militar, totalmente adaptada a las condiciones nacionales y locales, y capaz de proporcionar a las futuras tropas nacionales, de forma planificada, cuadros completamente formados. Al mismo tiempo es necesario, rechazando todos los estereotipos, estudiar cuidadosamente las condiciones y formas bajo las cuales la población local puede ser atraída a realizar el servicio militar. Huelga decir que este trabajo no debe hacerse por encima de las repúblicas nacionales, sino en el más estrecho contacto con ellas y a través de su propio aparato estatal y del partido. En particular, el Consejo de Guerra Revolucionario de la República debe transformarse en Consejo de Guerra Revolucionario de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, y no sólo por nombre, sino también por el fondo, es decir, en su composición y métodos de trabajo. El desarrollo del sistema de milicias permitirá mantener vínculos auténticos e inquebrantables entre el ejército y la población, en toda su heterogeneidad nacional. Pero éste es un proceso a largo plazo. Paralelamente debe procederse a una intensa labor de educación y reeducación del actual Ejército Rojo, para desarrollar en él una clara conciencia de que es la fuerza armada una unión de repúblicas nacionales y autónomas. Es necesario expulsar sistemática, persistente, firme, incansable (y, donde sea necesario, también despiadadamente) los prejuicios nacionales, la herencia del chovinismo, la arrogancia, la actitud de gran potencia. Es necesario que las unidades del Ejército Rojo y, sobre todo, su personal político y de mando, conozcan el carácter, las peculiaridades y la historia de las nacionalidades entre las que están estacionadas. La centralización militar, en la medida en que resulta de las exigencias inevitables de la vida del ejército, debe efectuarse de tal manera que los habitantes locales y, sobre todo, sus círculos dirigentes, puedan comprender claramente la necesidad práctica de la centralización. Y, para ello, es necesario que el propio departamento de guerra tenga en cuenta los admisibles límites de la centralización. Cualquier exceso administrativo debe ser extirpado sin piedad; cualquier vestigio de arakcheyevismo, por muy “soviético” o incluso “comunista” que sea, debe ser quemado con hierro candente. Desde este punto de vista, es necesario llevar a cabo una purga muy seria del aparato del ejército en las repúblicas nacionales, expulsando a la “gente de Tasjent” de Shchedrin y a sus herederos espirituales⁴. Los administradores militares, comisarios y comandantes que hayan demostrado mala voluntad en lo que concierne a la cuestión nacional deben, después de una investigación adecuada y un juicio público, ser expulsados deshonorosamente del Ejército Rojo⁵.

⁴ La alusión es al libro de Saltykov-Shchedrin *Caballeros de Tasjent* (1869-72), que satiriza a los funcionarios coloniales zaristas en Asia Central.

⁵ “Deshonorosamente” representa aquí la expresión rusa “con pasaporte de lobo”, referida a un documento que excluía a una persona del empleo en la administración pública, el acceso a instituciones educativas, etc., y que se entregaba a los exconvictos en lugar de un pasaporte interno ordinario.

Nuestro ejército es una gran escuela de la revolución. Debe convertirse también en una escuela de la cuestión nacional. En otras palabras, debe estudiar, día tras día y en la práctica, cómo los trabajadores de diferentes nacionalidades pueden, mediante sus esfuerzos conjuntos, en armonía, sin enfrentamientos ni asaltos construir juntos el edificio del socialismo.

Nuestros enemigos potenciales son más fuertes que nosotros técnicamente. Esta ventaja de capital la conservarán aún durante años (si duran tanto). Nosotros, como se ha dicho, haremos todo lo posible para reducir la desigualdad que existe en este ámbito. Pero, por muy importante que sea la máquina, es el hombre quien la fabrica y la hace funcionar. Aquí la superioridad está concluyente y completamente de nuestro lado. Nos hemos comprometido a transformar una parte de nuestro ejército en milicia territorial. Con los obreros que no han dejado de trabajar en la fábrica y con los campesinos que aún cultivan la tierra formaremos divisiones capaces de salir en cualquier momento y, hombro con hombro con las divisiones de campaña, aguantar o dar batalla. Hace dos años aún no podíamos decidirnos por semejante experimento. Hoy nos ponemos a ello con plena confianza política, pero sin cerrar los ojos, por supuesto, a las dificultades organizativas que todavía tienen que superarse. Dentro de dos o tres años, nuestros experimentos con la milicia ocuparán un lugar más destacado, tal vez más decisivo, en la defensa de nuestro país. Ninguno de los grandes países capitalistas de Europa puede decidirse a dar un paso semejante, porque la clase dominante incurriría así en el riesgo de crear un ejército peligroso para sí misma: y menos aún podrá hacerlo la burguesía dentro de dos, tres o cinco años, pues la profundización de las contradicciones de clase en el mundo burgués sigue su curso. Nosotros, sin embargo, nos haremos más fuertes. Por eso afrontamos los días venideros con firme confianza. Un ejército se compone de hombres y máquinas. En cuanto a las máquinas, ellas son las más fuertes, pero en cuanto a los hombres, somos nosotros los más fuertes y, en última instancia, son los hombres los que deciden.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es